

André Chouraqui
Jerusalén

El llamado a la atención está subyacente en toda la tradición bíblica. Porque Dios habla y obra pero es en vano si no hay quien escuche y discierna. Los reproches que el profeta Isaías dirige a Israel resumen bien esta situación de la fe: "¡Has visto muchas cosas sin poner atención, tienes abiertos los oídos, mas no oyes! ¿Quién de vosotros presta oído a esto, está atento y oye para lo futuro?" (Is 42, 20-23). Para reflejar de qué modo introduce la Biblia en la práctica de la atención a las acciones y palabras de Dios, nos ha parecido conveniente recurrir a un testigo de la tradición judaica viva, que podía aportar, no sólo el conocimiento íntimo de la Biblia, sino también la savia de la antigua piedad judía. Apenas si es necesario presentar al autor de este artículo. André Chouraqui es bien conocido y apreciado, tanto por sus múltiples actividades en pro de reconciliar a judíos, cristianos y musulmanes, cuanto por sus actividades literarias, principalmente por su reciente traducción de la Biblia a un francés próximo al movimiento y carácter de la frase hebraica. Conforme a la regla de la fe judía, respetamos en este artículo la transcripción no vocalizada del tetragrama que expresa el Nombre divino: YHWH.

"... y su torah, la musita día y noche..." (S 1, 2)

Nuestra meditación sobre la atención como actitud fundamental de la vida espiritual tiene como punto de partida el primer salmo cuyos seis versículos constituyen otras tantas claves para penetrar en las enseñanzas de la Biblia.

Las "Alegrías del hombre" son la porción de aquél que no anda, no se detiene ni se sienta en el camino de los culpables, "sino que en la torah del Señor tiene su deseo y su torah la musita día y noche".

Las alegrías así prometidas tienen como primera condición escapar del consejo de los culpables, del camino de los claudicadores, de la sede de los burlones. El texto dice: "no andar, no detenerse, no asentarse" en el camino condenado; tres verbos que definen la progresión de todas las actitudes posibles del hombre.

Luego viene el factor determinante: "sino que tiene en la torah de YHWH su deseo".

La aventura espiritual comienza cuando nace el deseo amoroso. No de la ley sino de la torah: su primer sentido es todo lo que emana de YHWH, su Palabra creadora y todo lo que la expresa, en primer lugar los Escritos que la revelan. Este deseo se

* De La Vie Spirituelle, N° 611, noviembre-diciembre 1975.

expresa mediante una actitud concreta: el verbo 'haga' es traducido, a menudo, por una palabra abstracta *meditar*. De hecho el primer significado de 'haga' es *gemir, gruñir, musitar, hablar*. Expresa el gruñido del león (Is 31, 4), el arrullo (o más precisamente el gemido) de la paloma (Is 38, 14; 59, 11); el gemido del hombre (Jr 48, 31). No es sino por derivación del sentido que la palabra se puede traducir por: *expresarse, monologar* o más lejanamente por *meditar, soñar, imaginar*. Pero ya estamos lejos de los primeros significados que son siempre concretos, inmediatos. *La meditación no se hace en abstracto sino que implica una actitud*: lejos del camino condenado, abrir la torah de YHWH deseada porque es amada, y musitar el texto día y noche.

Hace varios decenios, yo consideraba estos términos como exageraciones orientales: ¿cómo podría dedicar el hombre toda su atención a algún objeto *día y noche*? Generalmente el hombre es impotente para fijar su espíritu, aun por algunos minutos, en un objeto preciso. Aquí se trata de musitar la torah de YHWH día y noche: en sentido propio, aun mientras duerme, mientras come, mientras viaja o cuando sale de vacaciones. Yo tuve la posibilidad desde que traduje la Biblia, de vivir la experiencia: este *día y noche*, este incesante musitar la torah de YHWH no es un invento ni un piadoso anhelo. El deseo nacido del amor provoca una unión esencial del amante y del amado. Esto lo sugiere el texto: en el primer dístico del versículo 2, el Salmista, mientras no se trata sino del deseo, habla de *la torah de YHWH*. Pero la frecuentación amorosa de esta torah, día y noche, provoca una metamorfosis: la torah de YHWH se vuelve también *la del hombre: su torah*. Hay como una muerte a sí mismo y un renacer en la luz del amor: el hombre se ha transformado él mismo en torah de YHWH y no puede hacer otra cosa que musitarla día y noche. No porque se esfuerce en hacerlo, sino, gratuitamente, porque se ha vuelto tal bajo la moción del amor.

Este primer punto nos conduce a evocar las técnicas de enseñanza heredadas de la Biblia: ellas tienden a desposar al hombre, indisolublemente, con la torah de YHWH. Esta constituye el único alimento del espíritu, orientado desde la infancia en una sola dirección. En lugar de la dispersión y de la división, se trata tanto para el maestro como para el discípulo de *ingurgitar* la torah de YHWH. Una costumbre judía, en Africa del Norte, festeja al niño que acaba de aprender a leer la Biblia ofreciéndole veintidós pasteles amasados con miel que tienen las formas de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Esta disciplina de la atención no deja lugar a ninguna otra cosa que a la torah de YHWH: es el alimento cotidiano, único, del hombre. Se puede ver esto en las *Yeshivot*, escuelas teológicas de Jerusalén que perpetúan las tradiciones heredadas de la Biblia: no se parecen sino lejanamente a los anfiteatros de nuestras universidades donde el estudiante oye vagamente un curso magistral, meditando a veces en otra cosa. La sala de estudio de una *Yeshivah* se asemejaría más a un campo de batalla donde cada uno, de dieciséis a dieciocho horas diarias, no musita su torah sino que la ruje en un alboroto difícilmente concebible cuando no se lo ha oído. El estudiante, con este régimen, conoce muy rápidamente sus textos de memoria: para él la torah de YHWH ha devenido su torah, viviente hasta la obsesión en su espíritu constantemente tendido hacia una misma dirección, abierto a su luz. Despierte a esos hombres durante sus breves noches, y los sorprenderá soñando con los textos aprendidos durante el día.

Los escollos, los peligros de tales técnicas pedagógicas son evidentes, y es fácil caricaturizar las acrobacias intelectuales del talmudista que penetra un texto, claro en apariencia, disertando sobre él hasta perderlo de vista; yo poseo el manuscrito de un comentario del Salmo 119 escrito en hebreo en el siglo XVII, en Tlemcen, por uno de mis antepasados Saadiah Chouraqui: él necesitó no menos de cuatrocientas páginas para analizar los ciento setenta y seis versículos de este Salmo que celebra líricamente las virtudes de la atención a la palabra de YHWH.

De hecho, la hermenéutica del Talmud con las treinta y dos vías exegéticas que define, nunca constituyó un fin en sí. El Talmudista enseña una vía de acceso al conocimiento de YHWH: la gimnasia intelectual a la cual se entrega con una intensidad increíble, en la cual se empeña con la voz y el gesto, ritmando con todo su cuerpo el texto que él penetra con su danza, tiene por objeto quebrar las estructuras mentales rígidas, para proyectarlo en el más allá de un conocimiento intelectual, en las fuentes del silencio. Un texto de la Biblia no es una realidad muerta; como una nota de la sinfonía, está en unión armónica con la totalidad de la revelación, es decir de lo real. La meditación no está desprovista del objeto concreto: constituye una especie de gimnasia intelectual a veces tan desconcertante como pueden parecer los ejercicios de un atleta o de una bailarina en una sala de entrenamiento, pero sin la cual la 'performance' sería irrisoria. Y aquí la 'performance' consiste en transformar al hombre en un vivo testigo de la palabra de YHWH, en árbol de vida:

*(El justo) es como un árbol plantado al borde de las aguas:
da fruto a su tiempo,
su follaje no se marchita
y triunfa en todo lo que hace.*

La atención dedicada a la torah de YHWH no está desprovista de sentido ni de consecuencias: transforma al hombre inhabitado, en adelante, por la Palabra creadora; arrancado de sus límites, de su esterilidad, se vuelve *árbol de vida* plantado en el límite entre lo finito y lo infinito, al borde de las aguas sobre las cuales planea el soplo de YHWH. La atención activa a la palabra de YHWH transforma al hombre en *loto de lo infinito*, por retomar la imagen de las tradiciones orientales que evoca nuestro salmo. El loto produce un fruto al cual los antiguos atribuían virtudes mágicas. Tal es el hombre atento a la Palabra de YHWH: un árbol frutal que *da fruto a su tiempo*.

Detengámonos ante esta imagen: la mayor parte de los árboles no dan fruto y son numerosos aquellos cuyos frutos son amargos o secos, tanto que nadie los quiere. El justo —puesto que de él se trata— produce y da su fruto a su tiempo.

Estemos atentos a lo que decimos: escuchemos bien la frase del salmista. Es menos sencillo de lo que parece a primera vista. Ante todo, no es sencillo formar un fruto. Un árbol frutal, para producir su fruto, está inmóvil un año entero, sin pensar ni vivir sino para su fruto, milagro de atención y de incesante labor de la tierra que lo produce, de las raíces que lo nutren, del tronco que drena su savia, de las hojas que respiran por él, de la yema y de la flor que lo anuncian, del sol que lo ilumina y vitaliza. En esto el hombre es idéntico al árbol: que deje de pensar en ese fruto un instante y la esperanza del fruto muere. El aborto es hoy más fácil que nunca —ya lo

sabemos. Para producir un fruto, es necesario, entonces, quererlo obstinadamente. Situado al borde de las aguas, el justo que lo quiere tiene, pues, como el árbol, la dicha de producir un fruto.

En este momento surge una dificultad peor: ese fruto que yo he querido, por el cual he renunciado a tantos otros posibles, en el cual no he cesado de pensar día y noche, durante tanto tiempo, helo aquí entre mis manos. Yo lo encuentro —sea como fuere— muy hermoso; es mi obra, mi producto al cual he entregado lo mejor de mí mismo, en el cual me veo y me complazco. Es entonces cuando se me pide darlo, separarme de él —sin más—, de balde, en la gratitud del don, es decir, del amor.

Es el sacrificio de Abraham el que hay que hacer: acto de locura a los ojos del mundo y criminal a los ojos de la ley. ¿Dar mi fruto? Pero ¿por qué, gran Dios, y a quién? El texto es claro: darlo sin restricción y sin condición. Un árbol produce frutos y los da a quienquiera: no se guarda nada para sí, no retiene nada con sus grandes brazos tendidos hacia el cielo. Da su fruto, sencillamente.

Pero surge entonces una última dificultad: he aceptado arraigar en mi tierra; día y noche, durante cuatro estaciones, he previsto, preparado, alimentado la promesa del fruto que he decidido producir. Helo aquí, y a pesar de su hermosura deseable para mí, quiero darlo. Sí, todo esto es fácil sólo en apariencia: piense usted en los tesoros de amor que implica el simple gesto de dar su fruto. Pero lo más difícil aún queda por hacer: encontrar a alguien que quiera mi fruto, que acepte este don, este sacrificio que yo acepté hacer. Al llegar a este punto el texto prosigue:

*su follaje no se marchita:
todo cuanto él hace, triunfa.*

El árbol de vida está así dotado de constante fecundidad. El loto de lo infinito siempre tiene hojas y frutos. El es la vida en su don de amor, en sus alegrías permanentes. Y si todo cuanto hace el justo triunfa, es porque se ha identificado con el querer de YHWH gracias a los poderes de la unión de voluntades. Es el Rabino Gamaliel, a cuyos pies estudió Pablo, quien enseña:

*Haz su voluntad como tu voluntad
para que él haga tu voluntad como su voluntad.*

Estar atento a la voz que te habla

En este punto de nuestra meditación, tú que me lees, preguntas: “¿Estar atento, mas, a qué y cómo?” —Estar atento a la voz que te habla.

Un asceta judío del siglo XI ha descrito magistralmente este itinerario espiritual en un tratado de la vida espiritual que constituye una guía segura y completa hacia las perfecciones del puro amor; éste es un don gratuito, ciertamente, pero no es inútil limpiar la morada que aspira a recibirlo. Bahya vivía en la España musulmana. Su obra, escrita en árabe, está completada por poemas visiblemente alimentados por toda la poesía de la Biblia y escritos en hebreo. La obra se propone enseñar las vías de acceso al puro amor de Dios y describe, en diez *Pórticos*, las disciplinas que permiten en el hombre la eclosión del ser espiritual, la apertura del ojo interior. Bahya, en esto,

se presenta como un humilde oyente del mensaje de la Biblia de la cual cita y comenta más de mil quinientos pasajes, los más conmovedores y significativos¹.

Su tratado de la vida ascética y mística nos propone técnicas de meditación que corresponden sin duda a lo que podría ser la *hesychia*, y la *nepsis* entre los primeros monjes, a su vez herederos de las tradiciones del monaquismo judío. El punto de partida está constituido por una meditación sobre la *Unidad de Dios* conocido apofáticamente como *matriz universal* y creador de lo real. Sigue un admirable capítulo consagrado a la *contemplación de las creaturas*: Dios, el incognoscible, el infinito, se revela a nosotros mediante su obra, la creación entera, y por su torah, que lo revelan y permiten penetrarlo. Bahya describe allí, con precisión técnica, las treinta y dos vías de la contemplación de las creaturas.

El itinerario espiritual prosigue con un examen del deber de *sumisión a Dios*, de la *unidad* y de la *purificación* de los actos. Siguen desarrollos sobre la *humildad*, la *penitencia*, el *examen de conciencia*, el *ascetismo* y, finalmente, el *puro amor de Dios*. El título de la obra es significativo: *Introducción a los deberes del corazón*. Los deberes del corazón, por oposición a los deberes del cuerpo, parten del amor y desembocan en el puro amor de Dios concebido como "*un impulso del alma que, en su esencia, se desprende hacia Dios para unirse a su altísima luz*".

Bahya, en este libro, no hace sino desarrollar las enseñanzas contenidas en el versículo que constituye, para Israel y para Jesús, el primero de todos los mandamientos:

*Oye, Israel, YHWH nuestro Elohim YHWH es Uno,
y tú amarás a YHWH tu Elohim
con todo tu corazón, con todo tu ser,
con todas tus potencias.*

El punto de partida es aquí el verbo *shema*: oír. Para poder *musitar* es necesario primero haber *oído* lo que se debe *musitar*. No es posible escuchar si uno no calla. Toda palabra, toda música nacen del silencio que las gestan. Aquí el silencio debe corresponder a la sutileza de la voz que se ha de captar: silencio de los labios sin duda, pero también de los demás sentidos, silencio del tacto, de la vista, del tumulto de los pensamientos y de las miradas detrás de las cuales nos prostituimos matando la voz que nos busca. Silencio de más allá del silencio semejante al de Elías que no reconoce la voz de su Dios sino más allá de todos los estruendos: *Qol demamah daqah*: la voz del silencio sutil, en las fuentes de la contemplación.

El silencio debe entonces superar la apariencia; el hombre debe volverse tan atento, tan receptivo, que de veras pueda dejarse penetrar por la voz de YHWH, oírlo.

Oye, Israel... Israel surge, así, del silencio. Sólo el que oye es Israel. Es Israel quienquiera que oye. ¿Qué? YHWH *nuestro Elohim* —ese Dios que tiene para Israel un nombre propio: YHWH— el inefable, el impronunciable, fuente de toda vida, de toda realidad, de todo amor.

El fruto del silencio es oír la voz de YHWH *nuestro Elohim*. De esa audición nace el amor:

Y amarás a YHWH tu Elohim.

El amor permite la unión del amante y del amado. En cuanto que oigo a YHWH, es

¹ BAHYA, *Les devoirs du coeur* - Desclée de Brouwer, 1972.

nuestro Elohim, el de todos. Cuando lo amo, en virtud de los poderes del amor, se vuelve *mi* Elohim. Es mío porque yo soy suyo en el misterio y suavidad del amor. Reaparecen aquí, bajo otra forma, los temas que analizamos en el Salmo 1. Esta unión de mi yo con él permite los despliegues del amor: *con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas*. El ser, atento a la realidad de YHWH, nace o renace con toda la potencia del amor. Por un lado, allí, conducía el deseo; aquí, el silencio permite oír la voz del Otro y responderle en el misterio de la unión de voluntades.

Actualidad de esta enseñanza

Las enseñanzas que acabamos de analizar, las musitaban ya los Hebreos en la edad de bronce durante su vida errante bajo el cayado de Moisés. Las pusieron por escrito en la edad de hierro, en la época real. Y Jesús mismo, desde hace dos milenios, las viene enseñando a sus discípulos. El camino de la vida, el camino de la muerte, oír, desear, callar, amar, dar... ¿Qué puede llegar a significar esta jerga de otra época para un hombre de la era atómica? Traducidos al lenguaje actual, las explicaciones de los Salmos, del Deuteronomio y las de los Deberes del corazón de Bahya, tienen muy urgentes significados a los cuales quisiera "con todo mi corazón, con todo mi ser, con todas mis potencias" que tú, que estás leyendo esto, te vuelvas atento.

Nos dice el Salmo 1 que, por el camino de la muerte, no debemos andar, tampoco detenernos, ni estacionarnos en él. Sin embargo, todos, en cuanto que existimos, corremos por él, nos instalamos y morimos en él, tras haber resuelto, de una vez por todas, que no había otra cosa que hacer sino morir allí y allí preparar la muerte de los demás. La muerte se convirtió en el pastor al que seguimos dócilmente hasta el suicidio universal que, convencidos por ella, preparamos con nuestras propias manos. Y para que su obra sea perfecta, nos ha cegado. Nosotros cierran los ojos y no quieren ver la realidad objetiva ni las perspectivas que nos reserva. Otros, antes que aceptar el cobrar conciencia de los hechos a fin de modificarlos, resuelven de una vez por todas que la noche es día y la muerte, vida.

El camino de la muerte, hélo aquí en pocas cifras: dos mil millones de hombres famélicos en el planeta, centenares de millones esclavizados por regímenes políticos asesinos, negadores de todos los valores en los cuales afectamos creer.

Las naciones del universo emplean de 3 a 60 por 100 de su producción nacional en bruto a preparar la tercera guerra mundial que se avecina a grandes pasos; Europa, totalmente cegada por su loca prosperidad, no quiere ver que en sus fronteras, a pocas horas de cada una de sus capitales, está la más formidable "armada" de la historia universal con una punta de lanza compuesta por la artillería de treinta y cinco mil tanques soviéticos que no están reunidos allí por puro gusto.

El Medio-Oriente, con su minúsculo perímetro de desiertos, está pronto a desencadenar los fuegos de una nueva guerra mientras que rusos y americanos vuelcan allí, por razones que ellos conocen, dos o tres veces más cantidad de armas de las que dispone la OTAN entera.

Y, para terminar con estas cifras, los arsenales de las naciones tienen en sus depósitos, multiplicado por dos millones, el equivalente de la potencia de la bomba

atómica que destruyó a Hiroshima. Presta atención a esto: dos millones de veces Hiroshima, que pueden borrar todo rastro de vida de nuestro planeta y pueden estallar en cada instante como consecuencia de un engranaje fatal o de un accidente, como estuvo a punto de ocurrir por lo menos en tres ocasiones en los últimos años. Sin contar los locos que juegan con fuego cerca de ese polvorín.

El camino de la muerte y sus príncipes disponen de un arma más eficaz aún que la bomba atómica: convencernos de que no corremos ningún peligro, que los dos mil millones de famélicos no tienen hambre; que la preparación de la guerra no es la guerra, como la apertura no es la caza, que los tanques están apostados en las fronteras para hacer compañía a las margaritas y que las bombas atómicas son fabricadas sólo por el placer de adornar con sus formas glaucas los arsenales del mundo.

Todo esto existe a nuestro alrededor, todo el mundo lo sabe y todo el mundo piensa en otra cosa. Aquel que recuerda estos hechos evidentes es peor visto que si cometiera un acto pornográfico: ya resulta incongruente recordar a las civilizaciones que son mortales y que están preparando su propio suicidio: una guerra a cuyo lado las visiones de los apocalipsis no parecen sino cuentos que no asustan más que a nuestras viejas abuelas. Nuestra civilización técnica prevé y prepara algo mucho mejor aún: *el camino de los culpables pierde!* (S 1, 6).

El camino de la vida se abre también ante nosotros. Pero he aquí que damos media vuelta, rehusando no sólo entrar en él sino simplemente el tomar conciencia de su existencia.

Proporcionadamente a los peligros de nuestro tiempo, el camino de la vida abre ante el hombre posibilidades ayer inimaginables, de progreso, conocimiento, profundización, libertad, liberación, salvación.

El hombre se ha vuelto realmente "apenas menos que un Elohim". En nuestro tiempo, la opción abierta por Moisés en el Sinaí cobra un sentido muy preciso:

*Yo he puesto ante ti
la vida y la muerte
el bien y el mal.
Elige la vida para que vivas.*

Esta orden ha dejado de ser un piadoso deseo para convertirse en la condición cierta de la supervivencia de los mundos. De aquí sin duda, la necesidad de un despertar espiritual para tornarnos atentos a las realidades que nacen de nuestras opciones.

*Tradujo: Hna. Daniela Cecilia Zaltzman, o.s.b.
Abadía de Santa Escolástica, Argentina*